

VI

Divertirse es salirse, separarse, desprenderse de sí mismo; y para alcanzarlo necesario es transportarse á otro, ponerse en su lugar, tomar su faz, desempeñar su papel. Hé aquí, porque la mayor de las diversiones es la de la comedia en que uno es actor. Esta diversión es la de los niños, quienes actores y espectadores, improvisan y representan pequeñas



Baile de etiqueta en una casa principal

la ópera, magnífico por lo demás y frecuentado por los príncipes, las princesas y la reina. Pero este jirón no le basta ya por brillante que sea, y en todos los castillos, en todos los palacios, en París y en provincias, instala los bailes de trajes y la comedia á domicilio. Para recibir á un gran personaje, para celebrar los días del dueño ó de la dueña de la casa, sus huéspedes ó convidados representan una opereta improvisada, una pastoral ingeniosa y laudatoria, unas veces disfrazados de dioses, de virtudes, de abstracciones mitológicas, de turcos, de lapones, de polacos de ópera y parecidos á las figuras que adornan las portadas de los libros, y otras, en trajes de labriegos, de dómínes de aldea, de mercaderes ambulantes, de lecheras, de jóvenes aldeanas, y parecidos á los aldeanos bien educados de los que el gusto de la época llenaba entonces el teatro. Estos huéspedes cantan, bailan y van por

escenas. Ella es la de los pueblos cuyo régimen político los excluye de los cuidados viriles y que juegan con la vida á la manera de los niños. En Venecia en el siglo XVIII el carnaval dura seis meses, en Francia aunque bajo otra forma dura todo el año. Menos familiar y menos pintoresco, más refinado y más elegante, se ha salido de la plaza pública donde el sol le falta para encerrarse en los salones cuyas arañas le sientan mejor. De la gran mascarada popular no conserva más que un jirón, el baile de

turno á recitar coplas apropiadas que son cumplimientos ingeniosos ó alambicados, tales como pueden verse en la fiesta de aldeanos dada al rey Estanislao por la señora de Monconseil, en Bagatelle, descrita por de Luynes, XVI, 161, y la que dada por el príncipe de Condé, describe Bachaumont, III, 247. En Chantilly, «la joven y seductora duquesa de Bourbon, convertida en voluptuosa Náyade, conduce al conde del Nort en una góndola dorada á través del canal grande hasta la isla del Amor;» por su parte, el príncipe de Conti sirve de piloto á la gran duquesa; los restantes caballeros y señoras «vestidos alegóricamente,» forman el cortejo, como puede verse en las *Memorias* de la señora Genlis, c. XIV, y sobre las aguas bellísimas de aquel nuevo jardín de Alcina, el alegre y galante cortejo parece una fantasía del Tasso. En Vandreuil, las señoras, advertidas de que se las quiere

robar para el serrallo, vístense de vestales, y el gran sacerdote con bonitas coplas las recibe en su templo, en mitad del parque; en el interin llegan más de trescientos turcos, fuerzan la cerca al són de la música y se llevan á las señoras en palanquines á lo largo de los jardines iluminados. En el pequeño Trianon, el parque figura una feria, las señoras de

corte hacen en ella de vendedoras, «la reina tiene un puesto de café á manera de vendedora de refrescos;» aquí y allá hay puestos y teatros; la fiesta cuesta, según se dice, cuatrocientas mil libras, y va á darse otra semejante á Choisy aunque con mayor dispendio.

Al lado de estos disfraces que se limitan al vesti-



Un salón en tiempos de Luis XVI

do y no ocupan más que una hora, hay otra distracción mayor, la comedia de sociedad ó de aficionados que transforma totalmente al hombre y que durante seis semanas y hasta tres meses le ocupa enteramente en los ensayos. Hacia 1770, como puede verse en Bachaumont y en el *Diario de Collé*, III, 136, (1) «es un furor increíble; no hay procurador que en su quinta no quiera tener tabladitos y una compañía.» Un bernardino, que vive en Bresse en mitad de los bosques, escribe á Collé que va á representar con sus cofrades *La partida de caza de Enrique IV* y á hacer montar un teatrito «á escondidas de los santurrones y de las almas pa-

catas.» Reformistas y moralistas hacen figurar el arte declamatorio en la educación de los niños; la señora de Genlis, compone comedias para ellos y opina que es este un excelente ejercicio para dar una buena pronunciación, la seguridad conveniente y la gracia del talante. En efecto, en aquella época, el teatro prepara al hombre para la sociedad, lo mismo que esta le prepara para el teatro; en una y otro se está en escena, se compone su actitud y el tono de su voz, se desempeña un papel; la escena y el salón están á pié llano. Hacia el fin del siglo todo el mundo se convierte en actor; y es que todos lo eran ya, como puede verse en la *Correspondencia* publicada por Metra, II, 245. «No se oye hablar sino de teatritos levantados en el campo, al rededor de París.» Desde mucho antes daban el ejemplo los más importantes. En tiempos de Luis XV, los du-

(1) De Montlosier, *Memorias*, I, 43. «En casa del comandante (en Clermont) se me quiso alistar para las comedias de aficionados.»

ques de Orleans, de Nivernais, de Agen, de Coigny, los marqueses de Courtenvaux y de Entraigues, el conde de Maillebois, la duquesa de Brancas y la condesa de Estrades, forman con la señora de Pompadour, la compañía de «los gabinetitos»; el duque de la Vallière es su director; cuando en la pieza representada figura algún baile, el marqués de Courtenvaux, el duque de Beuvron, los condes de Melfort y de Langeron son los bailarines de mímico, y como puede verse en la *Historia del teatro de la señora de Pompadour*, por Julien, estas representaciones duran siete años y cuestan 300.000 libras en el solo invierno de 1749. «Los que son conocedores de estos espectáculos, dice el sabio y piadoso duque de Luynes, convienen en que sería difícil hallar cómicos de profesión que representaran mejor ni con más inteligencia.» Al fin, la fuerza del torrente sube más alto aún, y llega hasta arrastrar á la familia real. En Trianon, ante cuarenta personas al principio, y luego ante un numeroso público, la reina, desempeña el papel de Coleta en el *Adivino de aldeá*; el de Gotte, en la *Apuesta imprevista*; de Rosina en el *Barbero de Sevilla*; de Pierrette en *El cazador y la lechera* y como puede verse en madame Campan I, 130, en de Goncourt, 114 y hasta en Fleury, los demás cómicos son los principales cortesanos, los condes de Artois, de Adhémar y de Vandreuil, la condesa de Guiche y la canonesa de Pognac. Se encuentra un teatro en casa del príncipe real; hay dos en la del conde Artois, dos en la del duque de Orleans, dos en la del conde de Clermont, y uno en la del príncipe de Condé. El conde de Clermont, representa los papeles «de carácter», el duque de Orleans desempeña con elegancia y naturalidad los de labriego y rentista; M. de Miromesnil, guardasellos, es el Scapin más fino y agudo; M. de Vandreuil parece rival de Molé; el conde de Pons hace el *Misántropo* con rara perfección; hechos todos comprobados por Julio Cousin en su *Conde de Clermont*, p. 21, por de Goncourt 114, y por la señora de Genlis en sus *Memorias*, capítulos 3.º y 11. «Más de diez de nuestras señoras del gran mundo, dice el príncipe de Ligne, representan y cantan mejor que todas las que se han visto en cualquier teatro.» Por su talento puede juzgarse de sus estudios, de su aplicación y de su celo; es evidente que para muchos de ellos era esta su principal ocupación. Castillo había, el de Saint-Aubin, por ejemplo, en que por tener la dueña de la casa una compañía bastante completa, repartía papeles entre sus cuatro camareras, hacía representar el de *Zaira* á su hija de diez años de edad, y no daba descanso alguno

durante un período de más de veinte meses. Después de su quiebra y en su destierro, el primer cuidado de la princesa de Guemenée fué el de mandar á los tapiceros que levantaran un teatro. En una palabra: así como en Venecia no se salía sin careta, no se comprendía aquí la vida sin los disfraces, las metamorfosis, las exhibiciones y los triunfos del histrión.

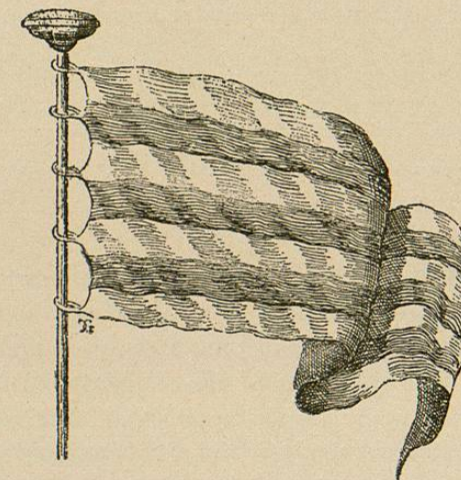
Ultimo rasgo que es aún más significativo; me refiero á la pieza en un acto. Verdaderamente para esta buena sociedad la vida es un carnaval tan libre y casi tan licencioso como en Venecia. Por regla general, la función termina con una exhibición, cuyo argumento se toma de los cuentos de la Fontaine ó de las farsas de los bufones italianos, y que no sólo es alegre, sino más que licenciosa y á veces tan descarada «que no puede representarse ante los grandes príncipes ni ante las jóvenes;» (1) en efecto, un paladar estragado repugna la horchata y pide aguardiente. El duque de Orleans canta en la escena las más picantes canciones, representa á Bartolín en *Nicaire* y á Blas en la *Foconde. Le Mariage sans curé, Leandre Grosse, L'amant poussif, Leandre Etalon*, hé ahí los títulos de las farsas compuestas por «Collé para diversión de su alteza y de la corte.» Por una en que haya gracia hay diez atestadas de gruesa pimienta. Como puede verse consultando á Mme. Oberkirk II, 82, y en la *Correspondencia* publicada por Metra; en Brunoy, en casa del príncipe real son tan coloradas, que el rey se arrepiente de haber ido; «no había idea de una licencia semejante; dos mujeres que había en el salón viéronse precisadas á escapar, y ¡cosa inaudita! se había tenido la osadía de invitar á la reina.» La alegría es una especie de embriaguez que empuja hasta el fondo del tonel y después del vino apura las heces. No sólo en sus cenas particulares y con muchachas, sino en la buena sociedad y con señoras se usan chanzas de figón. Digámoslo con claridad, son pillos que no retroceden más ante la palabra que ante la cosa, pues según la señora de Genlis en su *Adela y Teodoro*, II, 362, escrito en 1782. «De cinco ó seis meses á esta parte, las cenas son seguidas de una gallina-ciega ó de una galop (traineballet) y acaban por una *truanería general*.» Se invita á ellas á la gente con quince días de anticipa-

(1) Bachaumont III, 343 (23 Febrero 1768) y IV, 174, III, 232. — *Diario de Collé*.—Collé, Laujon y Poinsinet, son los principales autores de estas farsas burlescas; la única buena es *La verdad en el vino*. En esta última pieza, en vez de *Milord* había primeramente el obispo de Avranches y así fué representada en Villers-Cotterets, en casa del duque de Orleans.

ción. «Esta vez, se derribaron las mesas y los muebles, se vertieron en la cámara veinte botellas de agua; en fin; me retiré á la una y media extenuada de cansancio, molida á pueros pañuelazos y dejando á la señora de Clarence con una voz enronquecida, el traje rasgado en mil pedazos, una desolladura en el brazo y una contusión en la cabeza, pero contenta de haber dado una cena tan divertida y envaneciéndose de que daría otra nueva al siguiente día.» Hé ahí, á dónde conduce la necesidad de divertirse. Bajo su influencia, lo mismo que si estuviera bajo la presión de los dedos de un escultor, la

careta del siglo se transforma gradualmente y pierde de una manera insensible su seriedad; la figura acompañada del cortesano se convierte primeramente en la fisonomía alegre del hombre de mundo; después en estos labios risueños, cuyos contornos se alteran, se ve estallar la risa desvergonzada y desenfrenada del bribón (1).

(1) G. Sand, I, 85. En casa de mi abuela «hallé carpetas llenas de coplas, de madrigales y de sátiras sangrientas... Quemé algunas de tal manera obscenas, que no me hubiera atrevido á leer hasta el fin, y estas fueron escritas por abates que conocí en mi niñez y concebidas por el cerebro de marqueses de pura sangre.»



Antigua bandera de la marina mercante